

reiterativas, de esa especie de plasticidad prosódica que siempre resulta un poco extraña las primeras veces pero que, en cuanto se admite, produce el entusiasmo eléctrico de los estilos maestros. De pronto aquello que nos parecía casi forzosamente estilístico adquiere el ritmo de la misma naturaleza, y de un segundo a otro leemos como si no hubiese música más apropiada para esa narración. Después de releer estas cinco novelitas seguidas (y el ejercicio es de un placer inusitado) a veces se tiene la impresión de que en realidad el estilo de Bernhard se parece mucho más al falso “descuido” estilístico de Kafka o de Döblin. Todo el movimiento de la narración parece inicialmente irregular y continuo, sin dirección y sin objeto, hasta que de pronto hay algo que cuadra (como cuadra, tal vez sólo en momentos fulgurantes de la vida, la significación y lo aparentemente accidental). La literatura de Bernhard es una literatura de encuentros fascinados. Van apareciendo lentamente en la narración los personajes que luego terminarán siendo determinantes en la vida del joven autor, asistimos a su aparición con la misma extrañeza y fascinación con la que los percibe el corazón de Bernhard, y lo que aparentemente era simple, va convirtiéndose en círculos concéntricos, en complejo, alambicado, ambiguo, inaprensible. Cuanto más giramos alrededor de esos personajes más nos interesan, más deseamos saber y —misteriosamente— menos confiamos en que sus vidas puedan ser descritas. Bernhard es un maestro en la expresión de ese abismo fascinado que nos produce siempre la persona amada, o el amigo. La amistad es para Bernhard en realidad un privilegio cuya cualidad esencial es ser capaz de medir la soledad de la vida ajena como si se tratase de la propia.

Los temas de Bernhard son siempre los mismos: la confusión, la soledad, la enfermedad, la destrucción, la música. Tan memorables son las descripciones de ese Salzburgo bombardeado durante la guerra con el que se abre la saga, en el que el trato con los muertos se convierte en algo cotidiano, donde el tableteo de los pisos que se hunden se solapa a las lentas descripciones de un ambiente colmado de miedo y de

incredulidad, como la vieja tienda de ultramarinos en la que decide pasar su adolescencia como encargado, o el sanatorio de los enfermos pulmonares, las figuras de la madre y el abuelo, o la impresionante descripción del accidente en bicicleta. Bernhard casi nunca siente la necesidad de recurrir a acontecimientos excepcionales, pero el contenido emocional de la narración es tan intenso, que lo cotidiano se sobresaeta de excepcionalidad. Se asiste a una intimidad encarnada.

Con frecuencia (y erróneamente) se comenta el pesimismo de estos textos. Parece más bien, tras una lectura atenta, que lo que verdaderamente los caracteriza es un decidido y afirmativo impulso hacia la vida y la conciencia. El optimismo de Bernhard no tiene tanto que ver con una mentira sobre la realidad de los hechos, como con una constante voluntad en encontrar la felicidad y la autorrealización *a pesar de* la realidad de los hechos. Es emocionante, por ejemplo, comprobar el papel definitivo que tiene la música en sus años de formación, y no sólo como una fuente de placer perpetuo, sino también como un entusiasta *conocimiento de un oficio*; el conocimiento es para el autor una verdadera forma de estar en el mundo, tal vez la única posible.

Pero quizá lo más importante de esta pentalogía sea su agresivo carácter novedoso. Miguel Sáenz, a quien le debemos estas esmeradísimas traducciones, recoge un comentario de Ingeborg Bachmann que da la pauta del estado de cosas literario en el que se inscriben estas novelas. Al conocer la prosa de Bernhard escribió en 1969: “Durante todos estos años nos hemos preguntado qué aspecto tendría lo Nuevo. Aquí está lo Nuevo”. Y no le faltaba razón a Bachmann. Tal vez una de las verdades literarias de primer orden es que, cuando confluyen los astros de tal forma que nacen textos como los que aquí se reseñan, se tiene una furibunda sensación de novedad y, al mismo tiempo, de antigüedad: como si los textos mismos no hubiesen nacido del corazón particular de un hombre, sino de un impulso humano anónimo, arrollador, ahistórico. —

— ANDRÉS BARBA

NOVELA

## Saturno juega al billar



**Miguel Barroso**  
**Un asunto sensible.**  
**Tres historias cubanas de crimen y traición**  
Madrid,  
Mondadori,  
2009  
448 pp.

En la noche del 26 de marzo de 1964 Fidel Castro asume uno de sus papeles preferidos, el de fiscal y juez de los enemigos de la Revolución ante las cámaras. Se juzga por segunda vez a Marcos Rodríguez “Marquitos”, responsable siete años atrás de delatar a un grupo de jóvenes militantes del Directorio Revolucionario, organización que poco antes había intentado acabar con Batista asaltando el Palacio Presidencial. Refugiados en un piso de la calle Humboldt en La Habana serán abatidos por los hombres de uno de los más famosos torturadores de la dictadura, informado por “Marquitos”. Sólo que los vínculos del infame con el Partido Comunista eran conocidos y por ello líderes supervivientes del Directorio habían aprovechado el tardío juicio para apuntar como culpable al “sectarismo”, alusión inequívoca al partido que habría protegido al culpable hasta que en 1961 fue detenido en Praga. Algo que Fidel no podía tolerar y por eso tras cargar la traición sobre el sentimiento de odio personal, lanza una soflama contra las divisiones en el movimiento revolucionario: “¡Que esta Revolución no devore a sus propios hijos! ¡Que la ley de Saturno no imponga sus fueros! ¡Que las facciones no asomen por ninguna parte, porque esos son los amigos de la ley de Saturno, en que unos hoy quieren devorarse a los otros!”.

Los hijos no podían devorarse entre sí, y por eso el hombre del Directorio que mantiene su primera declaración es sancionado de por vida, pero Saturno/Fidel

sí podía seguir en su labor de canibalismo político. Cierra las puertas a que el asunto de los mártires de Humboldt afecte al PCC, núcleo del partido único en formación, pero aprovecha la ocasión para golpear a los dirigentes comunistas fieles a Moscú que han tenido contacto con “Marquitos” y de los que éste sugiere que tuvieron relación con la CIA: el matrimonio formado por Edith García Buchaca, la censora que puso antes en marcha la caza de brujas intelectual empezando por Cabrera Infante, y sobre todo su marido Joaquín Ordoqui, número dos de Raúl Castro y vinculado con Jrushov. Atacado por Fidel en el curso de su *show* personal del juicio al delator, Ordoqui será encarcelado apenas depuesto Jrushov y en prisión domiciliaria permanecerá hasta su muerte, salvando la piel con toda probabilidad por la intervención soviética. La CIA tomó parte también en la elaboración de falsas pruebas que sirvieron para destruir al destacado hombre de Moscú en La Habana. La jugada de billar le había salido perfecta a Fidel. Brilló como nunca en el papel de Ángel justiciero de la Revolución. Dio una lección a los ex del Directorio y protegió con una muralla china el pasado del PCC, al mismo tiempo que de rebote eliminó a dos piezas claves del comunismo ortodoxo.

Nuestro Saturno estuvo desde un primer momento dispuesto a jugar la baza del comunismo soviético, única estructura política piramidal que, dentro y fuera de la isla, iba a apoyarle en todo, especialmente en la construcción del aparato represivo, el armamento y las relaciones exteriores, con una voluntad clara de dejar fuera de juego al disminuido Directorio y sobre todo al Movimiento 26 de Julio, cuyo papel tanto Fidel como los soviéticos creían terminado. Ahora bien, el Comandante tampoco pensaba aceptar la constitución de un poder comunista autónomo en el que, bajo las siglas que fueran, el antiguo PSP montara en la isla una sucursal de Moscú. La historia es bien conocida a partir del asunto Escalante, y el caso Marcos Rodríguez fue una ocasión magnífica para eliminar otro obstáculo y de paso mostrar a la URSS quien mandaba allí.

Miguel Barroso percibió muy pronto que el asunto de los “mártires de Humboldt” encerraba muchas más claves que la inmediata del juego entre los verdugos policiales de Batista y los posibles delatores presentes en el campo revolucionario. Empezó una investigación ejemplar y el resultado es este libro: *Un asunto sensible. Tres historias cubanas de crimen y traición*, donde a partir de las noticias del enjuiciamiento de Marcos y del trágico episodio de la muerte de los cuatro militantes traicionados por él, una impresionante indagación documental se conjuga con una larga serie de entrevistas, realizadas después de un no menos increíble trabajo de localización, desde el hombre de la CIA pasado a Cuba, Philip Agee, cuyo libro sobre la agencia *Diario de la CIA*, mediante el contraste de dos ediciones, acaba aclarando favorablemente el enigma Ordoqui, hasta antiguos protagonistas del proceso revolucionario (Carlos Franqui, Martha Frayde), familiares de verdugos y conversos a la contrarrevolución (Ventura, Pellecer), amigos y conocidos de Marcos, familiares de los asesinados.

La importancia de este recorrido no se debe solamente a lo que cada entrevista aporta a la interminable labor de ir sacando el hilo de la madeja, sino al conocimiento de los personajes. Así, en segundo plano, detrás del argumento principal, encontramos un extraño y significativo coro de personajes que participaron en la Revolución, muchos se vieron implicados en el episodio y se mueven en un espectro de posiciones políticas de extrema amplitud. En este escenario, a modo de corifeo, Barroso sitúa hasta su muerte en 2004 a Joaquín Ordoqui hijo, hombre desmesurado, extraordinario, al que quien esto escribe tuvo la suerte de conocer por breve tiempo. En esa fase de gestación del libro, las conversaciones entre Barroso y Ordoqui en Madrid hacen del segundo una especie de *garganta profunda*, en el sentido de ofrecer a borbotones al investigador su conocimiento de primera mano de los personajes y de las circunstancias, y de ir perfilando las hipótesis. La intensa participación del escritor exiliado respondía asimismo a

un interés personal: enterarse de una vez por qué su padre y su madre se vieron mezclados en una historia en principio tan alejada de ellos como la delación de la calle Humboldt, con derivaciones tan inverosímiles como la vinculación de un comunista de fiel observancia con la CIA. Sin duda le hubiera gustado conocer la conclusión del trabajo de Barroso.

El libro de Agee proporciona la explicación, si se acude al mencionado contacto de ediciones, según nos revela Barroso. Salvo en la primera, el espía residente en Cuba “tiene la impresión de que tal vez Ordoqui actuó de informador en la década de los cincuenta”, siendo más tarde delatado por la CIA a los cubanos. La infamia respondía de modo estricto a los intereses de Fidel, pues refrendaba la persecución llevada a cabo contra el revolucionario y la CIA era la responsable, pues los documentos inculpatorios habían sido elaborados por un infiltrado guatemalteco, según la primera edición. Fidel necesitaba que Ordoqui fuera culpable después de que se le enfrentara en la crisis de los misiles, y Agee cambió su texto. De paso el autor nos proporciona una importante información: es posible acceder a documentos desclasificados de la CIA siempre que no estén implicadas cuestiones de Estado, a través de internet, tecleando [www.cia.org](http://www.cia.org). Pero más valiosos son tal vez los documentos facilitados por los archivos checos sobre la estancia en Praga de Marcos, enviado con una beca desde La Habana, hasta su detención a principios de 1961, prueba de una sorprendentemente temprana y estrecha colaboración entre el régimen comunista checo y una Cuba todavía no oficialmente adscrita al bloque.

Porque la trayectoria de “Marquitos” a partir de su delación, tal y como la reconstruye Barroso, es de lo más extraña. Se refugia en la embajada brasileña en La Habana. Viaja por varios países hasta instalarse en México, donde le acogen en 1958 los dos dirigentes comunistas luego implicados. Vuelve a Cuba tras la Revolución, es detenido y pronto liberado, para viajar en junio de 1959 a Praga con una beca que pronto se transforma en su actuación como agre-

gado cultural en la embajada cubana. Nuevos contactos con la embajada de Brasil y en enero de 1961, detención pedida desde Cuba. Encarcelado desde entonces, la investigación se inicia en julio de 1962. En septiembre se dirige a Ordoqui pidiendo ayuda y confiesa en marzo de 1963. A partir de ese momento se suceden interrogatorios en que participa el propio presidente de la República, Osvaldo Dorticós, prólogo del interrogatorio de Fidel en víspera del segundo juicio, que se produce porque el primero no satisface al Comandante. La condena y ejecución en abril de 1964 se deben al episodio de Humboldt, pero de paso Ordoqui ha sido implicado.

Todo el asunto es revelador acerca del funcionamiento del Estado cubano bajo Castro. Ninguna ocasión mejor para darse cuenta de hasta qué punto todo el poder y en todo momento reside en Fidel Castro, interrogador, fiscal, juez y regulador de la marcha del proceso. El libro de Barroso deja claras las causas de esa implicación, en esa magistral jugada de billar que borra de hecho la historia, antes de utilizar el juicio como plataforma para proteger al comunismo de un lado y descabezarle de otro.

Ahora bien, si son importantes la doble estrategia de Fidel sobre el comunismo y la implicación de la CIA, no deja de ser significativo, con respuestas aún sin aclarar, el caso de la delación, y sobre todo de la protección comunista prestada a un tipo tan despreciable, aun cuando perteneciera o estuviera muy próximo a sus filas. Precisamente porque el Directorio tenía gente infiltrada por el PSP, como el propio Marcos, los comunistas tuvieron que saber perfectamente lo sucedido, y sin embargo le protegen en el exilio, en Cuba y en Praga, hasta que se hacen sospechosas sus relaciones con un embajador brasileño proamericano. ¿Cómo dos comunistas de la importancia de Ordoqui y García Buchaca acogen al personaje, si no es por decisión del Partido? Sigue el interminable e inexplicable encierro de meses y meses antes de la investigación y del juicio.

Los hombres del Directorio lo tuvieron claro en el primer juicio. Ese

“Marquitos” cercano a sus militantes, infiltrado en sus propias palabras, aun discrepando de sus métodos de lucha desde una perspectiva comunista y que “trataba de influir políticamente en ellos”, no fue apresado antes porque las gentes del Directorio, tropezaron “contra un muro, debido a la protección que el viejo Partido dispensó a Marquitos hasta el momento de su detención en Praga”. Y si el Partido se arriesgaba a amparar a un miserable de tales características, cabe pensar que algo tuvo que ver en el inicio de la tragedia. En el estalinismo no tiene lugar la figura del buen samaritano. “Marquitos” era un informador del partido dentro del Directorio: ¿por qué informó a la policía? El magnífico libro de Barroso puede tener una segunda parte. —

— ANTONIO ELORZA

## NOVELA

### Punk a volumen bajo



**Belén Gopegui**  
*Deseo de ser punk*  
Barcelona,  
Anagrama,  
2009  
192 pp.

Adolescencia: sinónimo de rebeldía. Así lo han entendido la mayoría de escritores. Ejemplos: Robert Musil y *Las tribulaciones del estudiante Törless*, Alan Sillitoe y *La soledad del corredor de fondo*, J.D. Salinger y *El guardián entre el centeno*. Otro sinónimo para la adolescencia: inmadurez. Porque largarse de casa sin un duro, apostar al todo o nada, es propio de alguien que aún no ha asumido la reflexión como paso previo a sus decisiones. Sin embargo, Martina, la protagonista de *Deseo de ser punk*, séptima novela de Belén Gopegui, va a contracorriente.

A sus dieciséis años, Martina ha sus-

pendido varios exámenes por una razón que sus padres no entienden, pues no es una mala alumna, y enfrenta una tragedia: el padre de su mejor amiga ha muerto y ella siente esa muerte como propia. Aquel hombre trabajaba como asistente social en una fundación, se dedicaba a ayudar a los desvalidos pero no era un candidato a santo, también tenía algunos problemas que apenas son mencionados. La relación entre ambos es descrita al inicio de la novela. En un momento ella recuerda cómo la consoló una vez: “Hay una parte donde nunca nos abrazan. Aunque nos quieran muchísimo. Esa parte está ahí, esa pena. Y nadie llega a tocarla nunca”.

La historia está narrada como una carta a un colega contándole sus sentimientos. Ese colega es Diego, que no es su novio pero parece que lo fuera. Gopegui es una escritora con oficio y demuestra sus habilidades técnicas. *Deseo de ser punk* fluye con la rapidez de un tema de los Ramones, con la misma velocidad pero con un *feeling* distinto. A diferencia de una gran parte de los adolescentes, Martina no admira la vocación autodestructiva de ídolos como Iggy Pop; ella elige a un salvador. El lector se encontrará con una adolescente que en vez de tirarle la puerta en la cara a sus padres, accede a dialogar con ellos aunque siente que hay una distancia generacional. Los critica con un tono conciliador que revela una madurez inusual.

Como su título lo anuncia, la música es un elemento importante en la novela. “Entrar en una canción tiene que ser como la electricidad. En vez de un sitio, algo que te atraviesa y, mientras lo hace, la atracción hacia unas cosas y la repulsión hacia otras se vuelve muy potente. Tanto que tienes la impresión de estar siendo abducida y ahí estás tú, fuera de órbita, en un sistema planetario nuevo donde importa lo que vibras, deseas, blasfemas y sueñas mientras vives esa maldita canción”. Es lo mismo que uno espera de una novela sobre una chica de dieciséis que sufre una pérdida y busca el norte. La adolescencia es alto voltaje. Lástima que las palabras de Gopegui no electrocuten, la historia no pega con la intensidad deseada y quizás parte de la